



CAPÍTULO XII.

— EN EL QUE CONTINÚA EL ASUNTO INICIADO EN EL CAPÍTULO ANTERIOR.

DOÑA Refugio comenzó la narración de su vida de esta manera.

— Vivía yo tranquila en el seno de mi familia, mimada y rodeada de cuantas atenciones y comodidades pueden imaginarse.

— A la edad de diez y ocho años no había yo aprendido más que á despreciar á los hombres, pues el orgullo ha sido el distintivo del carácter de mi familia.

—Rica, hermosa y considerada, me pareció que era para mí tan fácil el casarme bien, que desprecié cuantos partidos se me presentaron, y prodigué todo el hielo de mis desprecios, casi sin más razón que la exajerada idea que tenía yo de mi mérito.

—Llegué á los veinte años, y en el círculo de nuestras relaciones, no faltaba tal vez ninguno de los jóvenes que me rodeaban que no hubiese hecho al menos un ensayo para vencer mi aversión á un enlace prematuro; llegué á adquirir fama de esquivia ¿y lo creerá usted? en esto encontraba un placer extraño que saboreaba incesantemente segura de que el día en que quisiera por fin decidirme al matrimonio, podía elegir descansadamente entre todos los que me pretendían.

—Alguno de estos contrajo por despecho, un matrimonio en el que es actualmente desgraciado; otros se alejaron corridos y los más se propusieron tratarme con una circunspección que rayaba en extravagancia.

—El casamiento de uno de mis mejores

amigos, me hizo más impresión de lo que yo podía esperar, lo cual me hizo entrar en un nuevo género de ideas. Pensaba que mis desdenes iban á acabar por alejar de mi lado á todos mis amigos, y que al fin tendría que resignarme á vivir aislada.

Entonces me decidí á fijarme, pero ya era tarde; en vano esperaba yo por parte de aquellos hombres, que más me simpatizaban alguna señal de insistencia en sus pretensiones y.... lo diré de una vez, al conocer mi aislamiento tuve que recurrir á esos pequeños recursos, que las mujeres sabemos emplear tan bien cuando se hace necesario; en una palabra, tuve necesidad de ser coqueta; pero ¡ay! entonces la lucha moral que emprendí con mi propia posición fué terrible, porque empecé á recoger desdenes en pago de los míos y comprendí que había equivocado el camino.

Hubo quien me burlara, pagándome mis pasados desprecios con indiferencia y con burlas que me hirieron profundamente.

Mis amigas se casaban y los hombres

huían de mí. A la sazón un joven, el mas joven de todos mis amigos, era el único en quien encontraba buena voluntad hacia mí: yo no lo quería; había más, le tenía aversión; pero una noche en un gran baile, necesitaba yo hacerle ver á cierta persona que aún había quien se acordara de mí, y contraje unas relaciones que me fueron funestas: fuí burlada cruelmente y obligada en mi situación difícil á cometer un delito, para el cual tuve por desgracia muchos cómplices.

—Apenas se comprende, dijo Salomé, como hay quien espontáneamente coopere á que se cometan faltas de esa especie.

—Qué quiere usted, la sociedad es inexorable, y por otra parte, se cree que lo mas grave de esas faltas es el escándalo.

—¡Adentro la presa! gritó de repente el centinela.

Aquellas dos mujeres se estremecieron de piés á cabeza.

Los viajeros se disponían ya á seguir la

marcha, los criados iban y venían acomodando bultos, y Castaños y Anita empezaron á comunicar á los demás sus temores de que doña Refugio hubiera desaparecido.

Don Homobono Pérez se encargó de guardar á la presa y mandarla al día siguiente bajo segura custodia al lugar de su destino, para que la causa comenzada siguiera sus trámites de estilo.

Llegó para Salomé el momento mas cruel; iba á despedirse de su única amiga, de la única persona que se había interesado por ella en mucho tiempo.

Tiernísima y larga fué la despedida de aquellas dos mujeres á quienes habían identificado delitos del mismo género, pero cambiándose mútuas promesas y juramentos, se separaron al fin.

Acrecía en estos momentos el rumor de las despedidas, los agradecimientos y los encargos; y esa alegre algarabía que produce una nube de viajeros que emprenden la última jornada, llenos de ilusiones por el deseado arribo.

Salomé, que había vuelto á su calabozo, oía desde el fondo de aquella triste prisión, el rumor alegre de los convidados, el incesante ruido de las herraduras de los caballos en el patio, contrastando con la desolación que amenazaba á la presa que iba á quedar á merced de las consabidas autoridades, partidarias del tormento.

A poco rato, empezaron á desfilar los carruajes, y algunos momentos después, el patio de la hacienda volvió á tomar su ordinario aspecto, y volvió á reinar el silencio mas completo.

Había precedido á la salida de la comitiva un viajero, cuyas piernas estaban acostumbradas á devorar leguas con la facilidad de un camello: este viajero era Angulo, que cargaba á las espaldas su varilla, cubierta con un hule amarillo.

Angulo iba mas preocupado de lo que hubiera podido estarlo un simple vendedor de baratijas, porque, según todos los datos que había recogido, el golpe preparado por Gómez y el Pájaro iba á dar sin duda lugar

á sérios trastornos y consecuencias entre sus amigos.

Angulo conocía las veredas, que es la ciencia del caminante pedestre, y sabía cortar leguas al grado de llegar al lugar de su destino, casi al mismo tiempo que los que iban á caballo ó en carruaje.

Tenía razón Angulo de estar temeroso y preocupado, pues después de media hora de camino, aparecieron á lo lejos algunos ginetes por la falda de una loma, y como dirigiéndose al camino que llevaban los viajeros.

Dos de los criados arrancaron sus caballos hacia el punto por donde venían los ginetes, y este movimiento produjo desde luego la alarma. Carlos mandó parar los coches, y esperaron todos con impaciencia el regreso de los ginetes.

Angulo observaba también en esos momentos, sólo que él lo hacía desde la loma inmediata por donde atravesaba para cortar el camino.

Se percibían á lo lejos como seis bultos,

que poco tiempo después resultaron ser seis ginetes.

Los dos exploradores se juntaron con ellos y los ocho reunidos se dirigieron al lugar en que se había parado la comitiva.

—Son los muchachos de don Homobono, dijo uno de los criados, que traen á un mañoso.

—¡Qué buena vista tienen éstos! exclamó Castaños; yo no distingo nada.

—Y ya *éste*, dijo otro, refiriéndose al criado, dá las señas y relata hasta las costumbres del sexto de esos ginetes que se perciben apenas desde aquí.

Tardaron algún tiempo en llegar aquellos ginetes, y adelantándose uno de ellos hacia donde estaba Carlos, trajo la noticia de que en la refriega de la noche anterior habían logrado atrapar á uno de los compadres, que probablemente era el jefe por lo bien plantado que estaba.

A poco rato se pusieron á la vista de los coches los seis ginetes, de los cuales cinco venían en faz de escolta de seguridad, tra-

yendo en su centro un ginete, que embozado en un zarape saltilleño hasta los ojos, y con el sombrero calado hasta las cejas, no dejaba que se le observara exactamente. Traía unas chaparreras de piel de venado, cerradas con profusión de pequeñas correas que caían á los lados como un fleco abundante: el sombrero de aquel hombre era notablemente rico, pues brillaba á los rayos del sol por lo recamado de oro y plata, y aún se podía notar, si bien se examinaba, que á los lados de la copa brillaban algunas piedras preciosas.

El ginete no venía ya en su propio caballo, sinó en uno de los de la escolta, pues á haber estado sobre su arrogante cabalgadura, no hubiera habido piés para seguirlo, ni bala que le hubiera alcanzado en su carrera.

El ginete, por lo tanto, estaba dado, al sentir bajo sus piernas la enclenque armazón de un *pizcle* de hacienda, en vez de experimentar los nerviosos movimientos de su caballo de campaña.

Los soldados de la escolta eran algunos criados de la hacienda de don Homobono Pérez, y todos ellos se habían echado hacia atrás sus grandes sombreros, como para dejar rebosar en sus semblantes la expansiva satisfacción de su hazaña: traían sus armas en las manos, haciendo ostentación de ellas ante el preso desarmado, y al notar aquellos ginetes que eran observados por las señoras que venían en los coches, comenzaron á moverse en sus caballos, con esa ostentación de destreza que constituye la coquetería del jinete mexicano; finjían que aquellos caballitos, tal cual despiertos y ágiles, tenían toda la ley de los grandes caballos de raza, y ya hincándoles las espuelas, ya excitándolos, los hacían caracollear y dispararse, arrancar y rayar, corcobear y tascar el freno con espumosa boca.

Este alarde, que contrastaba con la actitud tranquila y resignada del preso, que había tenido el desdén de no tomar la rienda de su cabalgadura, daba á aquella escena toda la significación necesaria para juzgar,

como en un cuadro, del asunto, por solo el aspecto de las figuras.

Por todas las portezuelas, asomaban las cabezas de las señoras para ver al ladrón, en todos los carruajes se trataba con calor de aquel asunto, y quién se entusiasmaba figurándose el valor de aquellos rancheritos que habían logrado atrapar á aquella fiera de los caminos; quién opinaba por la guillotina; quién por la horca; quién, proclamándose abolicionista, optaba por la penitenciaría, no sin producir cierto escándalo en algunas señoras del régimen antiguo y partidarias acérrimas del asesinato legal.

Algunas señoras, pasada la primera impresión, sentían conmiseración por el preso y exclamaron «¡pobre hombre!» y quién, en fin, deseaba que llegase el momento de rendir la jornada para ver de cerca á aquel personaje, que causaba tantas emociones entre los viajeros.

Durante todo el camino, el espectáculo del preso fué el pasto de la conversación en todos los carruajes, y la cuestión de la pena

de muerte estuvo largamente á discusión.

Por fin, se avistó la hacienda, situada ventajosamente sobre las ondulaciones de un terreno accidentado, por donde serpeaban arroyuelos y crecían espesas arboledas: parecía que un respaldo de montañas de color azul oscuro, resguardaba aquella pintoresca posesión de los vientos del N. E. Sobre el mismo fondo azul de la montaña, se destacaba, como una garza blanca, la capilla de la hacienda, elegante y moderna construcción dirigida por el hábil ingeniero Santiago Méndez.

El padre González y Chona se asomaban á la portezuela del carruaje para devorar con sus miradas la nueva capilla, de cuya torre se desprendían los sonorosiecos de sus campanas, saludando á los amos.

Ya estaba la comitiva próxima á la calzada que, ornada de árboles, servía de entrada á la finca, y el administrador, con algunos dependientes y convidados venían al encuentro de los viajeros.

Pendían de trecho en trecho, de uno á

otro de los árboles de la calzada, esos grandes flecos vegetales que caracterizan nuestras fiestas de pueblo: los arcos de tule, en fin, salpicados con amarillos *zempatzochill* daban un aspecto risueño á la calzada, en cuyo término se distinguía una masa compacta de gente que avanzaba al encuentro de los dueños de la hacienda.

Empezaron á percibirse los ecos de la música y las detonaciones de los cohetes que poblaban el aire en todas direcciones.

Toda la atención de los viajeros se concentró en el aspecto risueño que ofrecía la hacienda con su peonada alborozada, con sus músicas chillonas, con sus rancheiros vestidos de gala y con su profusión de arcos, festones, guirnaldas y banderas que por todas partes flotaban, ostentando los vistosos colores de mascadas de la India, de cortinas de la iglesia, de sobrecamas y pañuelos de todos matices y tamaños.

Entretanto, los cinco ginetes que custodiaban al preso habían esquivado la calzada y, haciendo un rodeo, se dirigían á la ha-

LIBRERÍA "ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

cienda para deshacerse pronto de aquella carga embarazosa y entregarse á sus anchas á los regocijos de la fiesta.

El preso, por su parte, seguía cabizbajo y preocupado sin tomar las riendas de su cabalgadura, que caminaba también con la cabeza caída, como animal de recua, ó como si también para el caballo fuese carga poco lisonjera la de aquella especie de fiera vestida de plata.



CAPÍTULO XIII.

—
EN EL QUE SE CONOCE LA UTILIDAD
DE UN CERTIFICADO
PEDIDO Á TIEMPO.

INDESCRIBIBLE fué el regocijo de los paseantes, que prorrumpían en gritos de sorpresa y de alegría á cada accidente, á cada manifestación del aprecio con que eran recibidos.

La casa de la hacienda, recientemente reedificada, tenía un aspecto de alegría á la vez que de magnificencia, que convidaba con sus mil comodidades á habitar en ella.